

**BIZARRA, APOCALÍPTICA, TRIZADA:**  
*Fragmentos de la ciudad según Álvaro Bisama*

Por Adrián Puentes<sup>1</sup>

En un escrito sobre otro tema, Adriana Valdés dice sobre el cronista Roberto Merino: “Merino se las arregló para componer un personaje, un mirón, un desocupado lector de Santiago, y la ciudad se llenó de rincones y vericuetos antes invisibles, se armó en la imaginación” (2002). Creo pertinente recordar ese personaje compuesto por Merino para contraponerlo con otro de muy opuestas características: el que se desprende de Postales urbanas, el libro de crónicas de Álvaro Bisama.

Para distinguir a ese personaje, cabe antes situar a su creador al interior de una “nueva camada” de escritores chilenos, junto con Alejandro Zambra, Sergio Coddou y Felipe Cussen, por mencionar sólo algunos. Es una generación que se caracteriza, entre otras cosas, por ejercer su oficio desde distintos géneros que se cruzan entre sí: la poesía, la narrativa, la crítica literaria en medios masivos y académicos. Todos ellos tienen, simultáneamente, una formación formal en universidades y otra en la cultura pop (música, periodismo, cómic, cine, etc.), que cultivan con el mismo nivel de erudición; para ellos, ambos mundos tienen el mismo valor, y por lo tanto, pueden aprovecharse en forma equivalente a la hora de escribir. En el caso concreto de Bisama, esto se nota en las muchas labores que desempeña: ha escrito un libro de crónicas (*Zona cero*), publica una columna semanal en la Revista de Libros de El Mercurio, dicta clases de literatura en la Universidad de Playa Ancha y mantiene un blog donde postea lo que produce en uno y otro ámbito.

Para expresarse, el narrador-personaje de Postales Urbanas elige el más híbrido de los géneros: la crónica. Se trata ésta justamente de un forma de escritura que permite múltiples cruces –entre “alta” y “baja” cultura, ficción y realidad, reflexión y observación, por ejemplo-, y que en este caso dirige su mirada a un espacio que ha sido objeto, otras veces, de una digna tradición en las letras chilenas: la ciudad. Tal como antes lo hicieran Joaquín Edwards Bello, Benjamín Vicuña Mackenna y el mismo Merino, el cronista Bisama se refocila con la urbe, sus personajes, espacios y relaciones.

En este caso, el cronista urbano muestra un temple inédito, un punto de vista que se contrapone con la pausada y desocupada visión de Merino vislumbrada por Valdés, pero también con la de sus predecesores: como señala Francisco Mouat en el prólogo, este cronista es veloz, en permanente movimiento. El personaje que construye Bisama muestra imágenes frágiles, instantáneas que podrían ser obtenidas con máquinas digitales siempre en el bolsillo, con cuadernos de notas que se escriben al azar, con las rudimentarias pero portables cámaras Lomo... (Por esto, tal vez suena un poco anacrónico el término “postales”, que remite a objetos ya casi en desuso.)

---

<sup>1</sup> Periodista, editor de la Revista Universitaria (Pontificia Universidad Católica de Chile. E-mail: arpunte@uc.cl.

La ciudad que se percibe a través de esos pequeños artefactos no tiene que ver con la imagen unitaria, ordenada, jerarquizada y articulada con la que sueñan los urbanistas. Para describir estas crónicas y su visión de la ciudad –se trate de Santiago, Valparaíso, Viña del Mar, Rancagua o San Antonio–, bien se podría echar mano al catálogo completo de conceptos “postmodernos” y afirmar que Bisama se ocupa del pastiche, de los bordes, los fragmentos atomizados, el caos y los desperdicios de la ciudad. Que se percibe un descreimiento de las grandes estructuras ordenadoras, y que se prefiere mostrar lugares y personajes residuales: esquinas perdidas, estaciones de Metro desocupadas, recorridos en micro, un concierto de Zalo Reyes<sup>2</sup>, el barrio Franklin deshabitado de un día de semana, la casa de Joaquín Edwards Bello convertida en un restorán de comida china, la monumentalidad “sudaca y triste” de la Plaza Italia... Bisama se detiene en estos y otros detalles, analizando sus brillos y opacidades con un lente macro; de esta manera, las postales resultantes exponen una imaginación igualmente recargada y estimulante, como una droga o una película de ciencia ficción o gore (referentes continuos en el autor, por lo demás).

Estas visiones determinan una ciudad muy atractiva, pero prácticamente invivible. Tal es el caso, por ejemplo, el Santiago, visto desde la Plaza Italia: “Hacia abajo: los edificios públicos que exhiben su monumentalidad sudaca y triste. Más arriba: los barrios altos y su permanente deseo de presente avant garde, un parque temático sin más patrimonio que el dinero. Hacia un lado: los barrios solitarios de Vicuña Mackenna y un costado de Providencia, lugares despoblados, abandonados hace tiempo por sus habitantes originales. Hacia el otro: Bellavista, nuestro Soho de tercera clase. No. No hay nada más. Plaza Italia encarna el pastiche, el kitsch remodelado de los neones de una ciudadanía que no la mira, como si se tratara de un tabú de tiempos de la infancia, de un crimen o secreto impronunciado de familia” (“Plaza Italia: árboles de plástico falso”, pp. 180-1).

Este imaginario apocalíptico y saturado se potencia con las fotografías de Elisa Bertelsen, que se intercalan en el libro y muestran detalles sobreexposados, con colores quemados y encuadres quebradizos a través de ventanas y rejas. Esto refuerza la relación de este libro con otro de similar talante y estética: Santiago bizarro, de Sergio Paz (Aguilar-El Mercurio, 2001).

Hay que decir que Postales urbanas continúa lo que Bisama había mostrado en Zona cero (Gobierno Regional de Valparaíso, 2004), un libro mucho más punk y adolescente que reunía crónicas sobre distintos tópicos (literatura, cine, crítica, etc.). Por ahí aparecía un texto que creo fundamental para conocer el sustrato más profundo de su obra: “Unplugged”. En ese artículo de tono confesional, el narrador describía su desinformación sobre la Guerra en Irak, pero luego sucumbía ante la imposibilidad de desconectarse de la “vida real”, al enterarse de un terrible crimen en un lugar que él había visitado muchas veces en Valparaíso: “Nunca puedes desconectarte del todo. No se puede escapar del horror: está en la tele pero también en la esquina. Es una paradoja. A pesar de la lejanía todo está sucediendo aquí y ahora. [...] Estar unplugged está bien pero te obliga a ver lo que hay delante de tus ojos y no lo que dice la tele: a la sensación de estar feliz, a veces horrible, de ver la letra pequeña del contrato que todos hemos firmado con la realidad, el infierno que se esconde en cada recodo y que se pierde al apretar los botones del control remoto y contemplar la masacre con un paquete de cabritas en la mano” (p. 69).

---

<sup>2</sup> Cantante de música romántica muy popular en Chile (N. del E.)

La realidad es demasiado, incluso para la literatura: “En este país hace largo tiempo que la ficción no está a la altura de las circunstancias” (p. 100), dice en *Zona cero* a propósito de la literatura chilena. Entonces, la solución para ese problema de la ficción nacional es volcarse hacia lo mínimo. A pesar del atractivo de sus teorías hipertrofiadas y un poco paranoicas, lo mejor de Bisama en *Postales urbanas* tiene que ver con el sustrato emocional-narrativo de sus crónicas (o al menos, de una parte de ellas). Por debajo de las referencias cool<sup>3</sup> hay un narrador sensible por personajes y escenarios, que cuenta relatos íntimos que lo exponen a la ciudad unplugged: la de la emoción real. Ahí, el escritor le presta su oído a las historias más mínimas, relatadas a veces por personajes sin nombre, en los escenarios más prosaicos. En “34 historias cortas del barrio puerto”, “Pornocelular”, “Ñuñoa cat”, “Víspera”, “Me salvaron la vida los travestis”, “Chao, suegra” y “Entierro”, entre otras historias, Bisama se liga a una exquisita tradición de literatura “menor” chilena, que podría considerar a Federico Gana, a las vidas despojadas de González Vera, a ese micromuseo personal de Germán Marín llamado Lazos de familia y hasta al mismo Bonsái, de Alejandro Zambra.

Ese sustrato narrativo está íntimamente ligado a uno afectivo, que aparece cuando ya no se puede más con la ciudad, con su ruido y su violencia: “Apago el televisor. La niña feral del Maipú ya no está más. En la pantalla muerta y gris del televisor queda sólo la pena” (“Chica perro”, p. 140). La pena, la soledad y la violencia arman un mundo complejo e inhóspito. Al final, no queda claro si el cronista se siente tan bien, tan a sus anchas en el espacio urbano, como podría haber dado la impresión al comienzo (“Pero yo no soy quisquilloso. Tomo nota. Sintonizo con el aire, con la estática impregnada del perfume pervertido de la ciudad”, había dicho al comienzo, en “Micro 666”, p. 44). Más bien, a Bisama la urbe – Santiago, específicamente – lo perturba, por lo que hay que salir luego: “Deseo volver, irme a Valparaíso, pensar en la seguridad de una carretera a toda velocidad” (pp. 179-180)<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup> Resulta divertida la excesiva utilización de palabras en inglés. Basta revisar el título de algunos de los textos: “Chicken hero” (que habla sobre el Pollo Fuentes), “Songwriter”, “Under Viña”, “Mapocho fashion”, “Happiness Hill” (sobre el Cerro Alegre), “La Chimba party”...

<sup>4</sup> Para una visión de esa constante santiaguina de querer irse, revisar Merino, R. (1997) “Ensayo de despedida: una ciudad abierta a los cuatro vientos”, en *Santiago de memoria*, Santiago: Planeta, p. 227.

## **Bibliografía**

VALDÉS, A. (2002) “Algo sobre la crítica chilena: a propósito de un libro de Federico Schopf: Del vanguardismo a la antipoesía. Ensayos sobre la poesía en Chile”. En *Revista Chilena de Literatura*, Santiago, N° 60, abril de 2002, p. 157